

EL LLAMADO DE ABRAHAM

Volumen 1 – Sermón No. 261

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 10 DE JULIO DE 1859,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba”
Hebreos 11:8***

La fe de Abraham era del orden más eminente, pues se le llama el Padre de los Fieles. Estemos seguros de que nada, excepto las repetidas y ardientes pruebas, podría haber entrenado su fe hasta una fuerza tan grande como la que exhibió en su preparación para matar a su hijo por orden de Dios. Esta verdadera hoja de Jerusalén fue templada durante mucho tiempo antes de obtener su maravilloso filo y su inigualable temple.

Los hombres no llegan a su perfecta estatura sino a través de años de crecimiento. Las estrellas no pueden alcanzar el cenit de los cielos por un destello repentino, es más, incluso el mismo sol debe subir hasta su meridiano. Las pruebas son los vientos que enraízan el árbol de nuestra fe. Son los entrenadores que entrenan a los jóvenes soldados de Dios y enseñan a sus manos a guerrear y a sus dedos a luchar. La más importante de las pruebas de Abraham fue la de ser llamado a una tierra que nunca había visto. Como ésta puede ser también nuestra prueba, ruego que mis palabras se adapten a nuestra condición actual.

I. Primero, miremos a **Abraham**.

La familia de Abrahán era originalmente idólatra; más tarde, algunos rayos de luz brillaron en la casa, y se convirtieron en adoradores del verdadero Dios, pero había mucha ignorancia mezclada con su adoración, y al menos ocasionalmente volvían a sus antiguos hábitos idólatras. El Señor, que siempre se había fijado en Abrahán para que fuera su siervo elegido y el padre de su pueblo escogido en la tierra, hizo que Abrahán dejara la sociedad de sus amigos y parientes, y saliera de Ur de los Caldeos, y viajara a la tierra de Canaán, que había prometido después darle en herencia.

Notaremos primero lo que Abraham dejó, y luego, a dónde fue Abraham, la prueba se compone de estas dos cosas. ¿Qué tuvo que dejar? Tuvo que dejar tras de sí a aquellos que le eran sumamente queridos. Es cierto que justo después de su primera llamada, su propio padre,

Taré, murió, habiendo recorrido una parte del camino con Abraham y deteniendo a Abraham un poco por enfermedad. Abraham siguió entonces su camino, obediente a la orden del Señor.

Sin embargo, dejó atrás toda la asociación de su juventud, la casa en la que se había formado, la familia con la que se había criado, todos aquellos a los que había conocido y con los que había tomado dulces consejos, y debía partir al exilio de la familia de su amor. Dejó atrás su país natal, y para un patriota eso no es una lucha menor, dejar todas las asociaciones de su país, y llevar con nosotros sus canciones nativas para ser cantadas en valles distantes. Muchos hombres han sentido con suficiente intensidad la separación del hogar y de la familia, y además, el triste destierro de su tierra natal.

Además, todos sabemos con qué inconvenientes debió trasladarse Abraham. Tenía una propiedad considerable en rebaños y manadas, y probablemente tenía la casa solariega en la que residir. Tuvo que dejar todo esto, y también tuvo que dejar los buenos pastos en los que se habían alimentado sus rebaños y los de su padre, y tuvo que adentrarse en el desierto. Debía dejar todas las actividades agrícolas, renunciar a su vid y a su higuera, y seguir su camino, sin saber hacia dónde, hacia una tierra que para él era tan desconocida como el valle de la sombra de la muerte.

Aquellos de ustedes que han tenido que separarse de sus seres queridos, que han tenido sus corazones desgarrados cuando sus seres queridos han sido arrancados, pueden simpatizar un poco con la prueba de Abraham cuando dejó su hogar y su familia, y su país, y todo, para ir a una tierra desconocida. Este es el lugar del que partió.

Ahora, pasemos al lugar al que viajó. Cuando los hombres emigran, desean conocer la naturaleza del país en el que van a vivir. Si se trata de un país más rico que el suyo, aunque sea con cierta reticencia, despliegan la vela y se apresuran a cruzar las aguas, y puede ser que, después de haberse establecido allí por un tiempo, su patria sea casi olvidada, y encuentren una morada establecida en su tierra adoptiva.

Pero Abraham no sabía nada del país al que se iba a trasladar, sólo tenía la promesa de Dios de que sería su herencia. Podría decirse que era una búsqueda inútil, y los profanos se burlarían de ella como un sueño loco y ocioso. Sin duda, el prudente padre le advirtió que evitara un riesgo tan grande, y la ansiosa madre le pidió que recordara que, como el pájaro que se aleja de su nido, así es el que abandona su lugar.

Pero en medio de todo esto, Abraham fue más sabio que los más sabios, porque dejó de lado todas las máximas mundanas, puso el precepto por encima de la máxima, y consideró la promesa más preciosa que el proverbio. Bien sabía Abraham que las cosas sabias de los hombres son a menudo la ignorancia vestida con sus mejores galas.

Un agudo escritor antiguo ha dicho que cuando Cristo entró en Jerusalén, y Él era la sabiduría encarnada, vino montado en un asno, pero cuando Satanás entró en el paraíso, y él es la locura infernal, vino en forma de criatura sabia, la serpiente sutil. La sabiduría vino montada sobre la estupidez, y la insensatez vino vestida de astucia. A menudo lo encontraremos así en nuestras vidas. Las simplicidades son próximas a las revelaciones. Las cosas sencillas, y sobre todo una obediencia sencilla, son afines a la sabiduría misma del vidente, y quien sabe leer el precepto no debe temer que la profecía lo contradiga, o que la obediencia al precepto sea un acto de locura.

Abraham partió entonces, sin saber hacia dónde. "El viaje es largo", dicen algunos tímidos. "Así es", dijo Abraham, "pero Dios me ayudará en el camino". "El final de tu viaje puede ser triste", dicen. "No", dice Abraham, "no puede ser triste, puede ser decepcionante para mi ambición mundana, pero no para mi fe. Creo que Dios estará conmigo, y que me lleve a donde pueda, no me faltará nada bueno". Así pues, Abraham siguió su camino en un viaje solitario y fatigoso, y Dios no le abandonó, sino que le proveyó graciosamente.

Os he hablado de lo que dejó Abraham, y a dónde fue, ahora quiero que observéis por un momento cómo fue Abraham. Se dice que cuando se le ordenó, obedeció. Antes de que el precepto saliera, la obediencia salió a recibirlo con regocijo. Apenas habló Dios, Abraham respondió. Así como el trueno sigue al destello del relámpago, al instante, cuando la tormenta está cerca, así cuando la fe está cerca, el trueno de nuestra obediencia sigue al poderoso destello de la influencia de Dios en nuestros corazones. Si Dios nos manda hacer, debemos hacerlo de inmediato.

Abraham fue sin ninguna duda. No dijo: "Señor, dame un poco de tiempo, iré en una semana. Permíteme primero ir a enterrar a mi padre". No encuentro que dijera: "Señor, déjame esperar hasta que se recoja la cosecha". No, se le ordenó ir, y fue sin dudar. No hubo discusiones carnales entre Dios y Abraham, pues Dios no ha invitado a su pueblo a razonar con él con argumentos humanos.

Él ha invitado a los pecadores a hacerlo: "Venid ahora y razonemos juntos", ha dicho. Cuando los hombres no tienen fe, Dios los invita a razonar, pero cuando tienen fe, razonar con Dios se convierte en un pecado. Abraham no hizo ninguna pregunta, no fue como Moisés, no dijo: "¿Quién soy yo para que me envíes?" Pero cuando se le ordenó ir, fue y siguió a Dios sin dudar.

Y, además, tenemos todas las razones para creer que obedeció sin rechistar. Se fue tan alegremente de la casa de su padre como nunca había entrado en ella. No sé si fue despedido con la voz del tamborín y del arpa, pero estoy seguro de que había la voz de la música en su corazón. Podría haber dicho: "Me voy tan alegremente hoy no sé dónde, como nunca he ido

a la gorda tierra de Egipto o al país de las especias de los sabeos".

Los hombres decían que su viaje era absurdo y deplorable, pero para él era el más feliz y el mejor, porque Dios estaba con él, y si la estrella no le guiaba como a los reyes magos hasta Belén, sin embargo, había una estrella dentro de su propia alma que brillaba como un sol, y alumbraba sus pasos, y animaba su espíritu, y le enviaba en su alegre camino hacia la morada que le fue señalada. Iba alegremente, sin saber a dónde iba, no arrancando e inquietándose como un buey desacostumbrado al yugo, sino corriendo con pasos dispuestos en el camino de Dios. Los antiguos imaginaron a Mercurio con alas en los talones, y seguramente la fe las tiene.

"Es el amor lo que hace que nuestros pies dispuestos se muevan en rápida obediencia."

El amor puede ser las alas, pero las alas están en los pies de la fe, y vuela para hacer la voluntad de Dios mientras escucha sus mandatos.

Pero entonces, fíjate que cuando Abraham comenzó, no hizo ninguna estipulación con su Señor. Si Dios le hubiera ordenado a Abraham ir hasta los límites más lejanos de la verde tierra, hasta "ríos desconocidos para el canto", Abraham habría partido. Si Dios le hubiera ordenado vadear el Atlántico, Abraham habría obedecido. Sus pies habrían estado dispuestos a intentar un milagro, y las tempestuosas olas se habrían secado ante su marcha.

Podemos estar seguros de que, cuando Abraham se puso en marcha, no hizo ninguna pregunta sobre la distancia o el lugar al que se dirigía. Dejó todo eso en manos de Dios. Su fe puso su mano dentro de la mano de su Padre, y se contentó con ser conducido a donde su Padre lo llevara.

Ahora bien, siempre es insensato en nosotros dejarnos guiar por el hombre, pues entonces "el ciego guía al ciego, y ambos caen en la zanja", pero para el ciego ser guiado por Dios es una de las cosas mejores y más sabias. A veces ponemos anteojeras a los caballos para que no vean demasiado, me temo que nosotros mismos podríamos usar tales cosas con gran ventaja.

Al observar con los ojos de la razón carnal las objeciones al precepto y a la providencia de Dios, sería bueno que se nos quemaran los ojos, pues más vale que entremos en la vida sin ojos, que teniendo dos ojos sigamos nuestros propios designios y encontremos nuestra destrucción final en el fuego del infierno. La fe de Abraham, entonces, fue una fe probada. Y ahora concluyo este bosquejo del llamado del patriarca, observando que la fe de Abraham fue bien recompensada.

Creo que, con todas las pruebas de Abraham, tú y yo podríamos incluso envidiar su posición. Esa tienda suya era una tienda real. Nunca las cortinas del mismo Salomón envolvieron más verdadera realeza, o nobleza real, que esta pobre tienda en la que Abraham moraba. Qué hombre tan bendecido era. Sus mismos sueños fueron bendecidos. El Señor fue su escudo y su gran recompensa.

Se le dio una tierra, ¿y era una tierra estéril? No. Los judíos de antaño solían decir que Canaán era el pecho del mundo, pues siempre había abundancia de leche y grasa. Otros países podrían haber sido las extremidades del mundo, pero éste era el propio pecho del mundo, que fluía con leche y miel. Dios le dio desde el río de Egipto hasta el gran río, el río Éufrates, y él, mirando desde sus alturas estelares como un patriarca exaltado, vio una raza tan numerosa como la arena del mar habitando la tierra. Y espera una bendición aún más poderosa. Espera el día en que los hijos de Abraham, en la segunda venida de Cristo, se reunirán en su propia tierra, y todo el pueblo caminará a la luz de Sión.

Creo que he dicho lo suficiente sobre Abraham. Si mi voz fuera lo suficientemente fuerte, podría haberme extendido, pues es un tema sobre el que se podría decir mucho y muy interesante para la mente espiritual.

II. Pero ahora vengo a observar que *tú y yo podemos estar puestos en la misma posición.*

En su primera conversión, muchos del pueblo de Dios están llamados a pasar por la misma prueba que sufrió Abraham. Algunos de nosotros, es cierto, nacimos de padres piadosos, y nuestra conversión fue un tema de alegría para la casa, hizo el jubileo, se mató el becerro gordo, y hubo música y baile.

Pero otros nacimos como hijos de los filisteos, nuestros padres eran odiadores de Dios. Puede que me dirija a los tales. Apenas comenzaste a asistir a la casa de Dios, tu padre fue el primero en reírse de ti, y cuando te detectaron de rodillas, la madre, y los hermanos, y las hermanas, todos te asaltaron con desprecios y burlas. Puede ser que hayas sufrido mucha persecución en casa por causa de la cruz de Cristo, y la profesión que has hecho de ella.

Además, es posible que hayas sido llamado a separarte de toda tu ascendencia, pues al mirar hacia atrás no puedes detectar en el árbol genealógico una sola rama que haya dado frutos celestiales. Toda la cabeza está enferma, y todo el corazón está débil. Toda la familia ha sido entregada a Satanás, y sólo tú has sido llamado a llevar una protesta solitaria al Evangelio de Cristo, has salido, has arruinado tus propias perspectivas mundanas, has ahogado tu propio interés en cruzar el río.

Has sufrido la pérdida de todas las cosas por causa de Cristo, y tal vez en ese momento te hayas tambaleado mucho, es más, incluso ahora puedes estar pasando por la prueba de fuego.

Puedes estar tambaleándote en tu alma y diciendo: "¿Puede ser esto correcto? ¿Debo renunciar a mi religión, debo volver a puerto, o debo enfrentarme a estas olas que amenazan con sumergir mi barco?"

Queridos hermanos y hermanas, si el padre y la madre os abandonan, el Señor os recogerá. "El que ama al padre y a la madre, a la casa y a las tierras, más que a mí", dice Cristo, "no es digno de mí". Debes dejarlo todo por amor a Cristo. Prepárate. Si vienen contigo, acepta su conformidad con gusto, si no lo hacen, ven solo, "Salid de en medio de ellos; apartaos, no toquéis lo inmundo". Sé un Abraham. Dejadlo todo, y si hacéis esto con fe, ciertamente no os faltará vuestra recompensa. Él puede, y ha prometido daros en esta vida diez veces más de lo que perdáis por Él, y en el mundo venidero la vida eterna.

Los cristianos a los que me he referido, que no fueron llamados en sus primeros años de vida a soportar esta prueba, frecuentemente tienen que soportar su contraparte en otra etapa de su camino. De repente sus mentes son iluminadas con respecto a la pura simplicidad del Evangelio, su familia es profesamente religiosa y han tenido el hábito de asistir a cierto lugar de adoración con sus parientes y amigos, hasta que finalmente un cambio pasa por sus puntos de vista religiosos.

Tal vez se trate de un cambio doctrinal, han absorbido la fe ortodoxa de la fuente pura de la propia revelación, sin mezcla de tradiciones y calificaciones de los hombres, han desechado todo el glosario heterodoxo del hombre, y han decidido no creer en nada más que en la gracia soberana de Dios. Tal vez sus puntos de vista sobre el bautismo hayan cambiado, y al no ver nada en las Escrituras que justifique la aspersion de bebés, han salido con la determinación de practicar el bautismo de creyentes. Puede ser que esto implique la burla y el desprecio de todos los que los conocen.

Esto apena el corazón de los que conocen y aman a Jesús, y surgen con ellos las preguntas: "¿Qué debo hacer?" Estos asuntos pueden no ser esenciales, ¿debo guardarlos? ¿Debo debilitar mi testimonio por caridad? ¿Sólo daré testimonio de los puntos en los que pueda estar de acuerdo con otras personas, y me callaré sobre el resto?

Oh, mis queridos amigos, tal política carnal, si la practican, les hará un grave daño. Crean lo que crean, llévenlo a cabo. Tengan por seguro que un grano de verdad es un grano de polvo de diamante, y es precioso. Puede haber verdades no esenciales para nuestra salvación, pero no hay verdades no esenciales con respecto a nuestra comodidad. Toda verdad es esencial. No debemos retener ninguna, sino seguir al Señor enteramente, que esta sea tu canción,

***"A través de las inundaciones y las llamas,
si Jesús guía, seguiré donde Él vaya,***

**'No me estorbes', será mi grito,
aunque la tierra y el infierno se opongan".**

La tendencia de la época actual es a transigir, se nos pide continuamente que califiquemos nuestro testimonio, que cortemos alguna porción de la verdad que predicamos, que suavicemos y pulamos nuestras palabras. Dios no lo permita, no lo haremos. Todo lo que creamos que es verdad, hasta la última jota y tilde, lo diremos. Espero que mientras viva haya siempre un camino recto desde mi corazón hasta mi boca, y que pueda predicar todo lo que crea en mi alma, y que no me reserve nada. Haz tú lo mismo. Aunque abandonéis todo, y seáis abandonados por todos, por causa de la verdad, con la prueba de Abraham y la fe de Abraham, tendréis el honor de Abraham y la recompensa de Abraham.

Cuántas veces les ha ocurrido esta tentación a los ricos. Cuando los que se han movido en los círculos de la corte se han convertido repentinamente en sujetos del Espíritu iluminador de la gracia divina, ¡qué oposición han tenido que encontrar! Muchas han sido las nobles damas y caballeros que se han sentado en esta sala, y sin embargo, aunque sé que muchos de ellos quedaron impresionados, ¡cuán pocos han permanecido! Aquí y allá uno, brillan como las espigas de la cosecha; aquí y allá, uno sobre las ramas más altas.

¿Y cuál es la razón? ¿Es que sus conciencias son incapaces de convencerse? ¿Es simplemente que las preocupaciones de esta vida, o el engaño de las riquezas ahogan la Palabra, y por eso se ofenden? No es probable que el culto sencillo de nuestras casas de reunión sin dotación gane la palma del aplauso cortesano, no es probable que el nombre de disidente sea considerado respetable, no es probable que el calvinismo se convierta en la religión de la corte de Inglaterra, no es probable, al menos en el presente, que el ministerio de un hombre pobre, sencillo y honesto sea un ministerio que los cortesanos consideren, nunca lo esperamos.

Sin embargo, ha habido algunos, y que Dios los bendiga, que no se han avergonzado de salir y dejar atrás a sus antiguos socios y tomar parte con el despreciado pueblo de Dios, sin saber apenas a dónde iban.

Aunque sabían que éramos pobres, y que la mayoría de nosotros éramos incultos y analfabetos, han tomado su parte con nosotros, y no han dado señales de volverse atrás, sino que incluso se glorían de lo que algunos consideran su vergüenza. Que Dios los bendiga, y que lo haga en abundancia.

De nuevo, esta prueba de fe se presenta a menudo en asuntos de la providencia. Hemos estado forrando nuestros nidos muy suavemente, y contando todos los huevos que se ponen en ellos, con la mayor alegría y deleite, hemos tenido muchos bienes acumulados durante muchos años, y de repente, la Desgracia, como un niño malvado, se ha subido al árbol y ha

derribado los nidos, y los pájaros han tenido que volar, y hemos dicho: "¿A dónde iremos?" Pero Dios nos ha consolado, y hemos dicho en nuestros corazones: "Todos los árboles del bosque de la tierra están condenados al hacha, ¿por qué, pues, hemos de construir aquí nuestro nido? Volemos y encontremos nuestro hogar en la roca de los siglos". Y Dios ha recompensado nuestra fe.

Nuestro negocio, aunque se ha visto repentinamente arruinado cuando florecía en un lugar, ha sido, cuando se ha retirado en medio de tristes celos y oscuras incertidumbres, aún más floreciente en otro, o si no, si las pruebas se han multiplicado y la pobreza ha sucedido a la riqueza, sin embargo, la gracia ha aumentado, y así como nuestras aflicciones abundaron, nuestros consuelos han sido mucho más abundantes.

Creo, queridos amigos, que muchas y muchas veces ustedes, en su viaje providencial, tendrán que salir, sin saber a dónde van. Pero es bueno para vosotros, no murmuréis por ello. Si el padre de los fieles tuvo que hacerlo, ¿por qué han de murmurar los hijos? El padre de familia no debía saber a dónde iba, ¿y vosotros, hijos e hijas, anhelaréis leer el futuro con ojos nostálgicos y curiosos? No, dondequiera que Dios os guíe en Su providencia, que sea vuestra alegría saber que Él es demasiado sabio para equivocarse, demasiado bueno para ser cruel.

Y amados, esto es lo que siento en el momento presente respecto a la posición de nosotros como congregación. Fui puesto a prueba al considerar la forma en que Dios nos condujo, especialmente en referencia a este lugar. Hace ya casi tres años que se nos cerró Exeter Hall, por razones que nunca he considerado plenamente justificadas. Entonces salimos sin saber a dónde íbamos, y este lugar fue preparado para nosotros.

Es más que probable que después de que hayan transcurrido otros dos sábados debamos salir de nuevo sin saber a dónde iremos. Pero mi fe está fijada en Aquel que ha provisto para nosotros hasta ahora. Esta congregación no puede dispersarse. Dios la ha reunido, y saldremos con la seguridad de que se descubrirá un lugar en el que nos reuniremos, y esto servirá para el avance del Evangelio, y para la gloria de Dios.

Siento que tal vez Dios tiene otra hueste de pecadores para ser despertados y convertidos a Cristo. Nos estamos convirtiendo en una clase de gente vieja y estable, y nos hemos establecido en una preocupación respetable. Puede que nos echen a la calle, pero si Dios va con nosotros, no nos importa a donde vayamos. Dondequiera que sea, nos mantendremos juntos, no somos hombres cuyo apego se ha formado apresuradamente. Nos queremos.

Como Abraham, y Lot y su familia, viajaremos juntos, no tenemos motivos para temer. No, os ruego, traicionéis la más mínima angustia por ello, si Dios lo ha hecho, tiene sabios propósitos, sometámonos en silencio, y creer que debe y será bueno. Abraham salió "sin saber

a dónde iba". Nosotros lo imitaremos. Mientras la fe de Abraham es nuestra fe, el Dios de Abraham es nuestro Dios. Él habla y toda duda se acalla: "No temas Abraham, yo soy tu escudo y tu recompensa muy grande". Así que podemos decir con valentía: "El Señor es mi ayudante, y no temeré lo que me haga el hombre".

Y pensé, mientras meditaba sobre este texto, que a cada uno de nosotros le ha de llegar el momento en que, en cierto sentido, debemos salir de este mundo, sin saber el lugar al que vamos. Se acerca la hora en que tú y yo nos acostemos en nuestros silenciosos lechos de languidez, y vendrá el mensaje: "Levántate y sal de la casa en la que has vivido, de la ciudad en la que has hecho negocios, de tu esposa, de tus hijos, de tu cama y de tu mesa. Levántate y haz tu último viaje".

¿Y qué sé yo del viaje? Un poco he leído de él, y algo ha sido revelado por el Espíritu a mi alma, pero ¡qué poco sabemos de los reinos del futuro! Sabemos que hay un río negro y tormentoso llamado "Muerte". Él me pide que lo cruce. ¡Que Él me dé la gracia de atravesar la corriente! Y después de la muerte, ¿qué viene? Ningún viajero ha vuelto para contarlo. Algunos dicen que es una tierra de confusión y de sombra de muerte. Pues bien, sea como fuere, seguiremos adelante, sin saber a dónde vamos, pero sabiendo que, puesto que Él está con nosotros, atravesando el sombrío valle, no debemos temer ningún mal.

Debemos ir a la casa de nuestro Padre, sea donde sea. Debemos ir a la bondadosa casa de nuestro Padre celestial, donde está Jesús, a esa ciudad real que tiene fundamentos cuyo constructor y hacedor es Dios. Esta será nuestra última mudanza, para morar para siempre con Aquel a quien amamos, para morar en el seno de Dios. Empezaremos nuestro último viaje y no temeremos emprenderlo, pues Dios es nuestro refugio y fortaleza, nuestro ayudante en la hora de la angustia y de la muerte.

III. Y ahora, mi voz casi me falla, y por lo tanto, debo llegar de inmediato al último punto, que es el de ***exhortarlos con mucho gusto a seguir la guía de la divina providencia y el precepto, sea donde sea.***

Sigamos al Pastor con ánimo dispuesto, porque Él tiene perfecto derecho a conducirnos a donde le plazca. No somos nuestros, hemos sido comprados por un precio. Si fuéramos nuestros, podríais lamentaros de nuestras circunstancias, pero como no lo somos, que este sea nuestro grito: "Haz lo que quieras, oh Jehová, y aunque me mates, en ti confiaré," no somos fieles a nuestra profesión de ser cristianos si elegimos por nosotros mismos. Escoger y elegir son grandes enemigos de la sumisión. De hecho, no son en absoluto consistentes con ella. Si realmente somos cristianos de Cristo, digamos: "Es el Señor, que haga lo que le parezca bien".

Y luego, en el siguiente lugar, debemos someternos porque dondequiera que Él nos lleve,

si no sabemos a dónde vamos, sí sabemos una cosa, sabemos con quién vamos, no conocemos el camino, pero sí conocemos al guía. Podemos sentir que el viaje es largo, pero estamos seguros de que los brazos eternos que nos llevan son lo suficientemente fuertes, aunque el viaje tenga muchas leguas de longitud. No sabemos cuáles serán los habitantes de la tierra a la que lleguemos, cananeos o no, pero sí sabemos que el Señor, nuestro Dios, está con nosotros, y que seguramente los entregará en nuestras manos.

Otra razón por la que debemos seguir con sencillez y fe todos los mandatos de Dios es ésta, porque podemos estar muy seguros de que todos ellos acabarán bien. Puede que no estén bien aparentemente mientras se llevan a cabo, pero al final terminarán bien. A veces se ve en una fábrica que las ruedas corren de esta manera, y otras de la otra, y algunas de manera cruzada, y parecen estar haciendo todo tipo de payasadas, pero de alguna manera u otra el diseñador hace que todas trabajen para algún objetivo establecido.

Y sé que venga la prosperidad o venga la adversidad, venga la enfermedad o venga la riqueza, venga el enemigo, venga el amigo, venga la popularidad o venga el desprecio, Su propósito se llevará a cabo, y ese propósito será puro, un bien sin mezcla para cada heredero de la misericordia comprado con sangre en el que Su corazón está puesto.

Y puedo añadir, para concluir. Pongamos como congregación, por encima de todo, la más implícita confianza en nuestro maravilloso Dios obrero, cuando recordamos lo que ya ha hecho por nosotros, cómo ha hecho que la ira del hombre lo alabe, el desprecio, la contumacia y el escarnio han ayudado a traer a este lugar a los miles dispuestos a escuchar la Palabra. El abuso de nuestros enemigos ha sido nuestra mejor ayuda, nuestra más grande asistencia, y al mirar atrás día tras día, y día de reposo tras otro, sólo puedo levantar las manos y exclamar: "¡Qué ha hecho Dios!".

¿Y vamos a dudar para el futuro? No, marinero, iza la vela, suelta las amarras del timón, levanta el ancla, una vez más nos hacemos a la mar, con la bandera de la fe en el mástil, con Jehová en el timón, a un puerto seguro será guiada la nave, aunque aülle la tormenta, y el infierno de abajo se agite, porque Dios está con nosotros, y el Dios de Abraham es nuestro refugio. Que Dios dé a cada uno de vosotros la más firme confianza en su providencia para que podáis salir sin saber a dónde vais.

En cuanto a los que no creéis en Dios, que seáis llevados a creer en el Señor Jesucristo como vuestro Redentor, y después a confiar en vuestro Dios, y a dejar todas vuestras preocupaciones en sus manos.